

Las conversaciones adelantadas entre representantes del gobierno del presidente Andrés Pastrana y la subversión armada contribuyeron a acercar al país a momentos decisivos en el trámite del conflicto interno que nos afecta. Ese ha sido, tal vez, su principal aporte al curso de la historia nacional. La visibilidad de los actores armados y la publicidad abierta de sus intenciones y de sus actos han venido a elevar notablemente la conciencia política de los colombianos y de la comunidad internacional sobre la índole de la confrontación.

También han servido de elemento animador de una discusión cada vez más profunda sobre sus causas y han llegado a impulsar un clamor nacional en contra de la violencia. Frente al debilitamiento institucional que produjo el difícil equilibrio entre la flexibilidad política hacia la subversión y el ejercicio de las responsabilidades del Gobierno, la sociedad colombiana se halla en un momento histórico en el que debe tomar decisiones respecto de los principios que desea mantener vigentes como base de la nacionalidad, así como sobre los ajustes que esté dispuesta a realizar para conseguir una democracia vital en la que estemos todos comprometidos.

visiones del país. En un periodo de tiempo relativamente corto fue posible, no sólo para los participantes en las reuniones sino para la opinión pública, sacar conclusiones respecto de la viabilidad de las propuestas formuladas y de las dimensiones reales del compromiso de cada quien con una solución negociada.

Gracias a la publicidad de las pretensiones y de las acciones de la guerrilla, no sólo el Gobierno sino diferentes sectores de la opinión nacional e internacional tuvieron a la mano elementos de juicio, más completos que antes para comprender mejor la naturaleza del conflicto y las razones que animan a sus actores para insistir en sus propósitos así como la trascendencia histórica del momento que vivimos y las responsabilidades que incumben tanto al Gobierno como a la sociedad en la forma de su manejo.

Por ese camino el proceso tuvo la virtud de haber contribuido a una especie de maduración de la opinión pública,

PROCESO DE PAZ Y PROCESO POLÍTICO

Aumento de la conciencia política

A pesar de las expectativas de muchos colombianos sobre la efectividad del proceso de conversaciones con la subversión impulsado por el presidente Pastrana, no era de esperar que hubiese podido conducir a la consolidación de la paz en un periodo de tan solo cuatro años, debido a la índole muy diferente de los conceptos políticos que animan a las partes, del sentido del tiempo histórico que cada una de ellas tiene, y de los intereses que impulsan y financian el conflicto.

La propuesta del Presidente, y el esquema adoptado, tuvieron en su momento la ventaja de establecer un punto de encuentro, antes no existente, en el que se pudieron dar cita diferentes

tradicionalmente apática y apartada del compromiso de manifestarse ante acciones encaminadas nada menos que a cambiar las reglas de juego de la vida social.

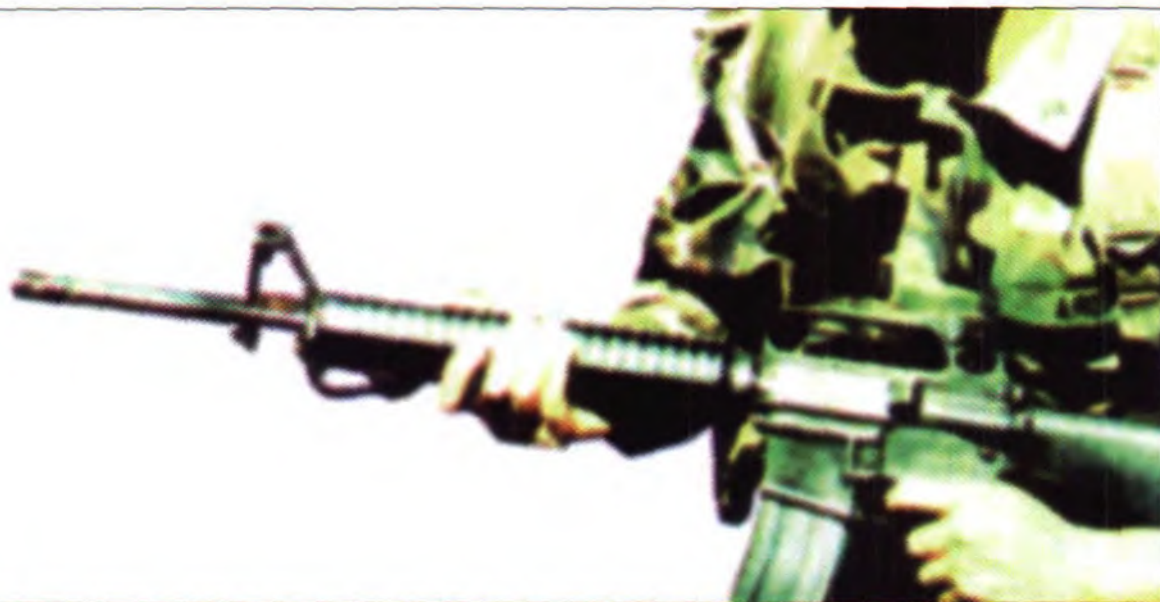
Impacto institucional del proceso

Para nadie puede ser un secreto que la misma concepción, y sobre todo el desarrollo del proceso, llegaron a significar para el país, en diversos frentes, un desgaste político e institucional que seguramente fue calculado al momento de tomar la decisión suprema de dialogar en medio de la confrontación. Las inquietudes sobre la orientación y la eficacia del esquema, así como las acciones violentas que al mismo tiempo desarrolló la subversión, contribuyeron a configurar un clima de

debilitamiento institucional respecto de cuyos límites y efectos en diferentes órdenes el país seguirá discutiendo con intensidad y cuyas consecuencias serán difíciles de identificar en su totalidad, sin que por ello dejen de reclamar medidas urgentes de reconstrucción.

Lo cierto es que el conjunto del proceso vino a dejar de alguna manera fuera de lugar a una serie de instituciones políticas tradicionales, y también a entes institucionales, cuya acción se hizo cada día más difícil en la medida que se les exigió que siguieran funcionando como si las circunstancias fueran de normalidad o que obraran como si estuviesen en capacidad de cumplir cabalmente sus funciones, de pronto conforme al talante de creer en las virtudes infinitas de las definiciones formales.

figuras de la categoría de estadistas a la cabeza, parecen haber perdido el rumbo y el sentido de su papel en la historia nacional. Muy pocos colombianos confían en ellos cuando miran hacia el futuro, tal vez porque los consideran, por ahora, monumentos a la inhabilidad histórica para manejar el país. La demostración más palpable de semejante crisis es la de que aumentan las propuestas políticas que se predicán suprapartidistas, aún cuando quienes las lideran tengan una larga trayectoria en una u otra filiación. Sin embargo, es claro que la salud democrática del país requiere de acciones orientadas a que la discusión de los asuntos públicos cuente con partidos modernos que reflejen una variedad de interpretaciones del espectro político, como elemento para la construcción de una democracia de amplia participación ciudadana en la discusión sobre el destino de la sociedad.



La autoridad del Ejecutivo, y sus posibilidades de acción, resultaron cuestionadas por parte de muchos ciudadanos que no alcanzaron a comprender el esquema propuesto, cuya prolongación en el tiempo produjo malestar en ciertos sectores de la vida nacional, mientras en otros mantuvo la esperanza de una pronta solución negociada.

Los partidos políticos, ya debilitados históricamente luego de su larga fusión a lo largo del esquema propio del Frente Nacional, marginados ahora de unas nuevas mayorías nacionales urbanas y juveniles que no los buscan para construir respuestas a los problemas del país, se han quedado dedicados al ingenio de sus maniobras electorales y pueden ver cernirse sobre su destino los mismos signos del desprestigio de la clase política que se presenta en otros países del continente. Con muy pocas

Acciones orientadas a que la discusión de los asuntos públicos cuente con partidos modernos que reflejen una variedad de interpretaciones del espectro político, como elemento para la construcción de una democracia de amplia participación ciudadana en la discusión sobre el destino de la sociedad.

Las Fuerzas Armadas fueron las que con mayor paciencia y patriotismo tuvieron que actuar ante las circunstancias propias del modelo de búsqueda de una solución negociada en medio del conflicto. Mantener el respeto por los espacios señalados para las conversaciones con aquellos a quienes, por deber constitucional, debían combatir en el resto del territorio nacional, significaba una aparente contradicción cuyo manejo requería de una moral muy alta y de una voluntad civilista y democrática a toda prueba.



UNO DE LOS PROPÓSITOS NACIONALES DEBE SER EL DE CONTAR CON UNA RELACIÓN MÁS ARMÓNICA Y PERMANENTE ENTRE LA SOCIEDAD COLOMBIANA Y LAS FUERZAS ARMADAS, CUYA MISIÓN, LOGRADO EL BIEN DE LA PAZ INTERNA, HA DE SER LA DE PROTEGER LAS FRONTERAS Y LA INTEGRIDAD NACIONAL.



P
O
L
I
T
I
C
O

El proceso sirvió para que progresivamente los colombianos identificaran precisamente en sus Fuerzas Armadas esas cualidades, y para que aumentara el nivel de su conciencia sobre las dificultades enormes que ha implicado el ejercicio de su misión. *Pero sobre todo permitió que, se comprenda que uno de los propósitos nacionales debe ser el de contar con una relación más armónica y permanente entre la sociedad colombiana y las Fuerzas Armadas, cuya misión, logrado el bien de la paz interna, ha de ser la de proteger las fronteras y la integridad nacional.*

Por fortuna para el país, las Fuerzas Armadas supieron comprender que el mandato ciudadano por la paz significaba un parámetro de origen político digno de respeto y acato, cuyo desarrollo se debía llevar a cabo en los términos que señalara el Gobierno.

Seguramente ahora, terminado el período hasta donde alcanzaron la paciencia y la tolerancia del Gobierno y de millones de ciudadanos, comprenden todavía que, sin perjuicio del cumplimiento de su deber constitucional, la búsqueda de la paz tiene que seguir contando con elementos de naturaleza política que habrá que tener en cuenta en todo momento, y cuya *identificación y dosificación dependen fundamentalmente del Gobierno y de la sociedad.*

La justicia se convirtió en otra gran marginada ante la dinámica del proceso de violencia que trataba de corregir el proceso de paz, en cuanto el esfuerzo legislativo y reglamentador de muchas décadas resultó vano frente a la arrolladora realidad de *acciones que, habrían desbordado la capacidad de cualquier sistema judicial del mundo, diseñado para atender*

circunstancias normales de anomalías en el trámite de la vida en una sociedad en proceso de maduración política y económica.

La revitalización de la justicia, como elemento de confianza y soporte de la armonía y la equidad, debe figurar ahora en los lugares más altos de la agenda, para refrendar y dar contenido y vigencia a una de las premisas fundamentales de la democracia.

Fortalecimiento autónomo de la sociedad

No obstante el impacto institucional resultante del esfuerzo de adelantar un proceso de conversaciones en medio de la confrontación, la sociedad colombiana presentó un evidente

Esto debe tener una significación política benéfica en el desarrollo democrático, que no puede ser otra sino la presencia de un interés creciente por asuntos que en otras épocas dejaba en manos de los gobiernos, o de quien tuviese simplemente la habilidad y el interés de ocuparse del asunto.

Pero la sociedad colombiana ha ido más allá. De alguna manera parece que ha aprendido a trascender el período histórico de la equivalencia elemental entre democracia y elecciones, para entrar en la etapa de mayor capacidad de análisis político y de reacción frente a fenómenos que requieren de sabiduría colectiva histórica para enderezar el rumbo de la nación.

Las ventajas que todo esto tiene son indudables, pero representan al mismo tiempo riesgos, en cuanto una politización por fuera del marco de partidos políticos idóneos y en medio de un clima de escepticismo frente a las instituciones puede atomizar la estructura misma de las comunidades, en detrimento de la necesaria cohesión social en torno a unos parámetros fundamentales que sean los valores de la nación. Por ello, es preciso obrar con acierto para que la mayor proporción posible de colombianos se incorpore al esquema de armonía nacional que debe acompañar la futura consolidación de la paz.

La dimensión internacional

Otra característica evidente y novedosa del proceso de paz impulsado por el presidente Pastrana ha sido la apertura internacional de la discusión sobre el problema colombiano. Por una parte, los ciudadanos han ganado conciencia sobre las dimensiones y la significación internacional del conflicto, y por otro lado, la comunidad mundial ha podido apreciar mejor las verdaderas proporciones del mismo y las posiciones de quienes, desde una u otra esquina, retan el esquema institucional o se sienten con el deber de defenderlo.

El éxodo de colombianos constituye una de las principales consecuencias internacionales del conflicto, que a su vez traerá efectos que no se pueden ignorar. Con la salida de un importante número de habitantes de un país tradicionalmente aislado, se avanza en un proceso de transformaciones que harán inevitable el aceleramiento de la universalización de nuestra sociedad. Porque la comunicación permanente entre los nuevos colombianos del exterior y sus familias en el país implicará un movimiento de doble vía que al mismo tiempo



fortalecimiento, representado en su nivel más elemental por su capacidad extraordinaria para sobrevivir. Dicha capacidad se pudo manifestar, a pesar de la violencia y de las dificultades de orden institucional que se hayan podido interponer en el trámite de muchas actuaciones de la vida diaria en una variada gama de actividades a lo largo y ancho del país.

Diversas actitudes han puesto de presente que, aunque no haya llegado a un grado superior de madurez política, la sociedad colombiana ha fortalecido enormemente su conciencia sobre los intereses nacionales, ha avanzado en su conocimiento de los argumentos del conflicto, y ha manifestado su sentimiento en contra de la violencia de las maneras más variadas.

umentará las dimensiones internacionales de nuestra vida y servirá de avanzada para la futura presencia colombiana en diferentes regiones del mundo. El valor de todos estos fenómenos llegará a ser enorme en el futuro y tendrá también consecuencias políticas para el destino del país.

Una intensa acción diplomática permitió en un momento dado salvar el proceso de encuentros entre el Gobierno y las Farc. Ahora los colombianos hacen las cuentas de lo que significó y de lo que puede significar el papel de la comunidad internacional en el trámite futuro de los esfuerzos en busca de la paz. Seguramente muchos tienen claro que las posibilidades de acción de otros países en la solución efectiva del conflicto son limitadas, ya que no pueden tener cabida en las definiciones del marco político y del modelo social y económico que represente las aspiraciones de los colombianos, porque la buena voluntad de los facilitadores externos no nos puede relevar de responsabilidades que sólo nosotros podemos asumir.

Lo anterior no puede ser, sin embargo, obstáculo para pensar que siempre habrá una opción de cooperación internacional en la búsqueda de solución del conflicto, particularmente si son las Naciones Unidas las que la propician, con respeto por la soberanía nacional. Y siempre y cuando los acompañadores o facilitadores sepan leer, y tener en cuenta, no sólo el ánimo sino la voluntad política expresa de la nación colombiana.

Ventana política abierta a la paz

La terminación del proceso de paz bajo el esquema adoptado por la administración Pastrana no significa que el país deba afiliarse exclusivamente a la vía armada para la solución del conflicto que nos aqueja; seguimos siendo protagonistas con o sin armas de un proceso político. Es el proceso político histórico de la nación que no se puede detener. Tarde o temprano exigirá, bajo nuevas condiciones, el recurso de la negociación. Por ello, sin perjuicio de las acciones que se emprendan para recuperar la solidez de las instituciones, y de la obligación de hacer un enorme esfuerzo por dar vigencia a principios que ya han sido consagrados, o por adoptar reformas que de todas maneras pueden ser indispensables para la profundización de nuestra democracia, la vía política siempre debe estar en la mente de los colombianos.

No se debe desaprovechar ninguna oportunidad real que se presente en el futuro para ensayarla una vez más, obviamente

teniendo en cuenta las lecciones ya aprendidas. Es decir, que la experiencia que ahora ha terminado servirá para que el esquema sea diferente, que las reglas sean otras y, sobre todo, que se eviten los eufemismos de la firma simple de documentos y se atienda a la mesa solamente cuando el objetivo sea la negociación.

No hay conflicto que no llegue a su finalización. Lo mejor para el país será una solución política negociada. Sin perjuicio de que en el logro de esa meta histórica tengamos que pasar por etapas de dolor.

